Perfil del derrotado: Ábalos

Opinió | 14-10-2025 | 15:48



Ábalos

Ábalos despierta con la boca seca y el corazón latiendo como un tambor desbocado. La palabra ?cárcel? ya no es un concepto abstracto, sino un muro que se desploma sobre su pecho, un hierro invisible que le oprime los pulmones y le roba el aire. Mañana deberá presentarse ante el juez, y sabe que no habrá escapatoria. Cada recuerdo de su pasado ?los fajos de dinero, los favores comprados, las mujeres ?de catálogo? que elegía como trofeos, la red criminal que alguna vez lo amparó? lo alcanza ahora como un puñal que no puede esquivar.

No hay compasión posible. No hay derecho a la lástima. Siente en la piel la transformación de su existencia: de hombre que mandaba y controlaba, a pieza de exposición, un número entre cuatro paredes. Su respiración se vuelve pesada; cada latido es un recordatorio de que el hierro y la soledad ya no son metáforas. El miedo es físico, lo oprime, lo tensa, lo asfixia antes siquiera de pisar la celda.

Y entonces llega la humillación. Quienes hicieron lo mismo ?o incluso peor? seguramente se esconden tras una risa tenue, la de los que esquivaron la justicia mientras él queda expuesto. Esa risa lo hiere más que cualquier sentencia: no es burla abierta, sino el silencio de quien sabe que su caída es definitiva. Su pasado de poder se convierte en una ironía cruel, donde todo lo que alguna vez le dio control ahora despierta desprecio contenido.

Ábalos se mueve por la habitación como un animal acorralado, repasando cada trato, cada decisión que lo condujo hasta este punto. Ya no hay estrategia ni maniobra que funcione. La organización que antes lo protegía lo ha abandonado, y lo sabe. Los recuerdos de lujo y privilegio se transforman en espejos despiadados: de elegir mujeres a elegir supervivencia, de dominio absoluto a vulnerabilidad total.

Al caer la noche, el hombre que fue se disuelve en ansiedad y desesperación. No hay lágrimas ni

drama impostado: solo respiración entrecortada, pensamientos que giran en círculos, imágenes de hierro y barrotes. Mañana, frente al juez, no solo enfrentará la justicia: enfrentará la evidencia de que su mundo terminó.

Y mientras aguarda el amanecer, cada latido le recuerda que la risa tenue de los que alguna vez compartieron su mundo lo perseguirá incluso más allá de los muros de la prisión.

Autor: Carles Enric